

En la actualidad pertenece al Personal de Administración y Servicios de la Biblioteca Universitaria. Es su primera incursión en la literatura como escritora.

Rafaela Bueno Martín

(Córdoba, España)

Noveno Accésit del II Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

LA SIGNATURA

—Buenas tardes —susurró con voz grave.

El que así saludaba, acababa de entrar en la sala exterior de la biblioteca, y ella levantó la cabeza de lo que la tenía atareada y respondió al saludo. Vio a un hombre que, rondando los 70, vestía sobrio, austero, pelo y cejas jugando entre el blanco y el gris, gris como el de su profunda mirada tras los cristales, los cuales, desde luego, no estaban enmarcados por una montura de esas que se eligen para no desentonar con la época. Igual este extremo a él tampoco le importaba demasiado.



Había llegado por primera vez a aquella facultad a principios de aquel curso académico, aunque todo esto ella lo supo después, y como el resto de profesorado solía hacer, con decisión —quedaba claro que ya había estado allí con anterioridad, aunque en el turno de mañana— se adentró en la sala donde estaban depositados los fondos para salir tras unos minutos.

—¿Me podría decir quién tiene prestado el libro con esta signatura, por favor? —le preguntó.

Ella tomó la ficha de la mano de él y solícita —le gustaba su trabajo y ese placer se le reflejaba en el rostro en sus relaciones con cualquiera que llegara a la biblioteca—, se dirigió hacia el mueble donde quedaba reflejado el registro de los libros prestados, donde se establecía un lazo entre el documento y la persona que disponía del mismo por un tiempo determinado. Todavía el papel era un protagonista indiscutible en aquel mundo. Abrió el cajón más alto, aquél en que se encontraban los registros de los libros prestados de aquella materia y que respondían a la signatura que el profesor le había pedido, signatura que ella pudo ojear, puesto que nada más había escrito en la ficha para poder responderle, signatura que era el dato que le permitía buscar por orden numérico entre el resto de miles de fichas de otros tantos libros prestados. Tenía buena memoria para los datos numéricos, por eso, cuando aquel día el profesor le alargó la ficha y ella clavó los ojos en la secuencia de números y letras de la signatura, tuvo la certeza de que algo se removía en su interior.

Semanas antes, era un día cualquiera de principios de los 90. Como cada día, y en su jornada fija de tarde, ella había acudido a la biblioteca

de la Universidad donde trabajaba. Estaba rodeada de libros, no podía haber encontrado un trabajo más emocionante, eso sí, sin contar con aquéllos otros que inundaban su fantasía desde los primeros años de su infancia; pero aquéllos otros no tenían ya cabida sino en *lo que podía haber sido*, aquéllos otros no hacían ya sino alimentar su mundo interior, nada más y nada menos que eso. Cuando podía —en aquel turno de tarde, en aquellos años, en aquel lugar, disponía de no pocos momentos para hacerlo—, dejaba la sala exterior y se adentraba en los lugares donde estaban depositados los fondos, fondos algunos dormidos, olvidados. En cualquier corredor, estantería, o balda podía haber algo que llamara su atención. Era fácil, lo tomaba, echándole un vistazo para comprobar que no había sido engañada por la primera impresión que el libro le había lanzado, y una vez convencida de que se lo llevaría a casa, cumplimentaba sistemáticamente, como no podía ser de otra manera, su ficha de préstamo. Allí, en los cajones del mueble donde se reflejaba el registro de los libros prestados quedó ligado el nombre de Penélope a aquel libro que había tomado prestado aquel día.

Aquel hombre podría haberle pedido aquél que nos dice que *este falso efecto que me acercaba un momento del pasado incompatible con el presente, este falso efecto no duraba*; también podría haberle requerido aquél otro que nos relata que *el desierto nocturno atravesado por un impreciso orden de tormentas y caravanas, los rodeaba*, o incluso aquél que hacía salir de los labios de una mujer lo de *Ashley, Ashley, I love you I do*. O no; en ese momento y lugar no podría haber solicitado otra cosa que lo que le solicitó. Aquel hombre había dejado todo lo que había que dejar en el tiempo y en el lugar en que había que dejarlo, y así, desposeído y



desarraigado de lo que le arropaba, había seguido aferrado a aquellas trasnochadas gafas, de las que sobresalían sus alborotadas cejas.

Ella, por su parte, podría haberle contestado que el libro lo tenía un alumno y estaría de vuelta al siguiente día, también podría haberle dicho que lo conseguiría de la profesora tal que lo tenía en préstamo y que estaría de vuelta, igualmente, al siguiente día; pero en vez de todo esto sólo oyó su propia voz respondiendo.

—Este libro lo tengo yo.

Notaba la mirada de él en su nuca, mirada cargada con medio siglo más de historia que la de ella. Mientras, daba tiempo a que le desapareciera el rojo que había notado en sus mejillas; esta vez no había tenido tiempo de respirar en la forma adecuada para intentar evitar el rubor, técnica que en algunos momentos le funcionaba; pero ahora, cuando había comprobado la coincidencia entre lo que le pedía aquel hombre y su propio préstamo, todo había pasado tan inesperadamente que había seguido con la mirada clavada en el cajón unos instantes antes de darse la vuelta lenta, muy lentamente, y responderle desafiante; también esto lo había hecho con anterioridad, contrarrestar el rubor con una directa mirada a los ojos de su interlocutor de forma que quedara compensado, pensaba ella, el azoramiento con el desafío que la fortalecía.

—Mañana se lo traeré.

También supo después que aquel hombre era uno de sus profesores de aquel curso que comenzaba, y que ésta, la del libro en cuya signatura coincidían ambos, era una de las lecturas que él tenía previsto recomen-



dar. Eran los primeros días de clases y aún no había acudido a ninguna de las que él impartía; aún no conocía a su profesor.

Como a muchas otras personas, a ella siempre le ocurría que se interesaba por saber más de aquello con lo que se relacionaba; por eso, cuando llevaba unos años trabajando allí, se había matriculado en los estudios que se impartían en aquella facultad. Tenía cuatro compañeros con los que formaba un grupo de trabajo a fin de rentabilizar el esfuerzo que les suponía compatibilizar el horario laboral con unos estudios superiores, y pronto comprendió que aquel hombre no era precisamente de los profesores que se ganan las simpatías de sus alumnos. Era abigarrado en sus exposiciones y, con profundos conocimientos de lo que les transmitía, a ellos se les asemejaba un autómatas que lanzara un discurso del que los destinatarios, desde luego, no eran ellos mismos, sus alumnos; para los demás era definitivamente insoportable. Sin embargo ella, ya desde el primer día en que se encontraron en la biblioteca, le había adornado con todo lo que le convertía en alguien tierno y encantador.

Ella también supo después que aquel hombre, que parecía cargar con una extrema indolencia a sus espaldas, acababa de regresar desde miles de kilómetros, a donde marchó tras dejarlo todo, también supo que serían aquellas clases, las de aquel curso, las últimas para él, pues al siguiente, sus gafas, su austero y sobrio traje, su abigarramiento y sus profundos conocimientos se irían de aquella facultad con su jubilación.

Penélope comenzó a abrir el sobre que permanecía, acompañado de otros tantos, varios días, sobre una mesa de la biblioteca, a su nombre, sin abrir. Hacía muchos años que había perdido la ilusión por rasgar el



papel y ver en su interior; eran aquellos tiempos en que, casi con reverencia, se acercaba al buzón de su casa y por las ranuras del mismo, ya antes de tomarlo con sus manos y abrirlo, intentaba adivinar el blanco del sobre con los sellos que, sin lugar a dudas, la colocaban en la certeza de que aquello no eran comunicaciones de bancos, compañías de electricidad o telefónicas, o cualesquiera otras que la privasen de unos momentos a solas con el papel, con las palabras que otra persona le dirigiera a ella y sólo a ella, desde cualquier otro lugar.

Pero antes de que llegara ese momento, el de su mirada a un puñado de cartas sin abrir, a su nombre, sobre una mesa de la biblioteca, ella ya había comenzado a asistir a las clases de él y allí, sentada en las últimas bancas con su grupo, ese era siempre el lugar elegido por ellos, intentaban dejar plasmado en el papel todo lo que salía por la boca de su profesor, discursos en tinta los de todos ellos, que posteriormente Penélope desma-dejaba e integraba para que quedase un conjunto coherente de forma que pudiese estar preparado para afrontarlo como cualquier otra materia; el fin era superarla en el indudable examen que llegaría en su momento.

Fue un examen final *oral con público*, como ellos decían. Todos sentados en la inmensa aula, esperaban oír salir sus apellidos y su nombre, en este orden, de los labios de aquel hombre. Ya desde el inicio del curso, desde aquel momento en que sin conocerse coincidieron en el libro que, estando leyendo ella, él pretendía recomendar para su materia, se había establecido entre ellos —al menos así lo percibía ella— uno de esos finos hilos que, sin hacerse nunca patentes a través de muestras externas, unen a las personas y las mueven, como a una marioneta, para hacer cosas que de otro modo, sin esos motivadores e invisibles hilos, no harían. Ya desde

entonces, había afrontado esta asignatura, a parte de que realmente era de sus favoritas, con una especial pasión. Por eso, cuando se publicaron las notas de la asignatura a todos extrañó, menos a ella que, de las tres calificaciones privilegiadas que había en las actas, una fuera la suya. Su exposición, la de ella, había sido realmente buena, pero —se preguntaba ella— qué parte debería a aquella extrema coincidencia.

Aquello era algo que tampoco ya importaba. Eran los últimos días de aquel curso y ella sabía por otros que le harían un homenaje en la facultad. La indecisión la tenía atenazada; realmente quería asistir, pero le importaba sobremanera lo que pensasen de ella sus compañeros, algunos ya, a estas alturas de la convivencia, amigos; al homenaje no asistiría ni la propia delegada del curso. Y así pasaron unos cuantos días de aquel inclemente verano, con la seguridad, sentía ella, de que tenía en su mano la decisión final, la cual tomaría, por supuesto, aislando todas aquellas circunstancias externas a su profundo interés por asistir a aquel acto.

Entonces leyó las palabras que había en el papel interior de aquel impersonal sobre, impersonal como otros tantos que le llegaban a su puesto de trabajo. Era la invitación al acto, al que acudiría o no, aislando su decisión, por supuesto, de cualquier tipo de circunstancia externa a su profundo interés por asistir. El homenaje ya se había celebrado el día anterior. No ha vuelto a saber de él. Sólo fue un despiste más de Penélope.